



**RAYMOND  
ARON:  
TODO UN  
LIBERAL**

Luis Pasamar

Raymond Aron.  
*Mémoires.*  
*50 ans de réflexion  
politique.*  
Ed. Julliard.  
París, 1983.

Desde la primeras páginas de sus *Memorias* —casi ochocientas— Raymond Aron, fiel a su estilo un tanto frío y distante, logra apresar al lector con un texto denso y ágil a la vez en el que orilla, sin duda por pudor, las referencias de tipo personal o afectivo.

No es tarea sencilla resumir en unos folios la apretada re-

flexión política y filosófica que abarca más de medio siglo de tupida actividad intelectual. Hombre de su tiempo y con él comprometido, Aron dedicó gran parte de sus energías al estudio de los fenómenos sociales —en el amplio sentido del término— que le tocó vivir a lo largo del agitado período que arranca en los albores del siglo y se prolonga hasta nuestros días.

Nacido en 1905 en el seno de una familia judía acomodada, Aron, a pesar de los reveses financieros de su padre y las consiguientes estrecheces que esto supuso para la vida familiar, siguió los estudios correspondientes al rango de sus progenitores: Instituto primero, y Universidad después.

Judío integrado, se sintió, a partir de sus años mozos, un gran patriota, al igual que su padre, que había luchado con exaltación nacionalista en los frentes de la guerra de 1914. Y

como muchos jóvenes de su clase y confesión —recuerdo ahora León Blum o Mendès France— también sintió como propia la gran campaña de antisemitismo que enfrentó a los franceses por el *affaire Dreyfus*.

Muy poco revela Aron en estas *Memorias* de su vida personal o familiar. Hay autores —pongamos por caso André Malraux— cuya biografía es un elemento complementario de su narrativa, mientras que el conocimiento de la vida de otros, la de Carlos Marx o la del propio Aron, nada nuevo aportan a la comprensión de su producción intelectual. Sus vivencias quedan reflejadas en su obra que, en última instancia, es la que importa.

Algo perdura en el Aron maduro del joven brillante y empollón; no en vano fue siempre «el primero de la clase». Aunque en ocasiones le asaltan dudas, sus razona-

mientos resultan convincentes. Es tal el rigor analítico y los datos que esgrime, que uno se queda sepultado, anonadado. Frente a la exaltación irracional que nos invade y otras zarandajas parapsicológicas, o el deseo un tanto confuso que pretende asir la realidad con medios ajenos o que van más allá de la razón, resulta confortador el rigor analítico de Aron.

Su temperamento filosófico y su racionalismo inveterado le han convertido para muchos en un hombre excesivamente cerebral. Aunque, por debajo de su innegable desapego, late gran pasión por la verdad —fórmula que, sin duda, suena a antigualla en oídos descreídos o cínicos—, y un recato por revelar sentimientos en lugar de razones. Lo que no deja de ser una prueba de respeto por el lector. Algo falla, a nuestro entender, cuando, para convencer, se sacrifica el rigor expositivo.

La curiosidad intelectual de Aron es ilimitada y escasas son las disciplinas del saber que no han llamado su atención: desde la filosofía de la historia a la sociología, de la filosofía pura a la economía, pasando con igual penetración al análisis político nacional o internacional. Aron ha meditado sobre el significado y el alcance de la bomba atómica o ha pensado la guerra con los dos tomos que ha dedicado a la obra de Clausewitz, temas estos que aborda someramente en estas densas *Memorias* a la par que brinda una vasta panorámica de los recientes cincuenta años.

### *De la decadencia francesa a la Segunda Guerra Mundial*

En la Universidad, Aron traba sólida amistad con Sar-

tre y Nizan. Los tres forman un núcleo compenetrado, y discuten sobre temas literarios o filosóficos. A Sartre no le interesaba por entonces la política; estaba más bien absorto por la filosofía pura. Nizan era el más poeta de los tres y fue el primero en ingresar en las filas del partido, de las que fue expulsado durante la guerra. Sartre nunca tuvo el carnet del PCF pero, paradójicamente, cuando para nadie era un secreto la crueldad y los métodos tan poco humanitarios de Stalin, se convirtió en «compañero de viaje». Años después se distanciaría del comunismo soviético.

El ambiente que reinaba en la Universidad y en los medios intelectuales era el de una izquierda socializante y pacifista. El pensamiento de Alain, filósofo del radicalismo galo y firme adversario de la guerra, impregnó con sentimientos antibelicistas y un tanto hedonistas a un amplio sector de la juventud universitaria. Aunque no está politizado, Sartre se define como hombre de izquierdas, y de izquierdas se declaraba el joven Aron. «¿He dejado de serlo?», se pregunta éste cincuenta años después.

Nunca se adhirió Aron a las tesis del comunismo y pronto perdió las simpatías que pudo tener por el marxismo, deshaciéndose al término de la Segunda Guerra Mundial —o quizá fuera a raíz del pacto germano-soviético— de los vínculos ideológicos que le mantenían unido a la tradición de la izquierda.

Por aquellos años, finales de la década del veinte y comienzos de la del treinta, el conocimiento que se tenía del marxismo en los medios universitarios parisienses era más bien escaso, viene a decir

Aron, como escasa era la información fiable que se tenía de la revolución rusa y del proceso de colectivización del campo y de la industrialización que se estaba llevando a cabo en la URSS.

Interesado muy pronto por los temas políticos, Aron forma parte de un grupo de intelectuales que no ve con buenos ojos el tratado de Versalles, cuyo contenido favorece de forma injusta a los vencedores e impone condiciones intolerables a los vencidos. Le molesta la actitud de su propio país frente a una Alemania derrotada y humillada. Situación que, con el correr del tiempo, se tornó en caldo de cultivo para el fermento nacionalista del nazismo.

Años después, hacia 1931, Raymond Aron tuvo oportunidad de presenciar directamente la aparición y subida al poder del nacionalsocialismo. Era la época en que vivía en Alemania y frecuentaba a los integrantes de lo que luego se conoció como escuela de Francfort. La quema de libros, la brutalidad de los nazis, el fanatismo que, poco a poco, se iba adueñando de los alemanes, le hizo tomar conciencia del peligro real de Adolfo Hitler. Algo escribió denunciando el terror nazi e intentó llamar la atención de los políticos sobre el carácter belicista e imperialista de la nueva Alemania. En 1936 cree que las democracias podían haber evitado la consolidación, primero, de Hitler, y evitar así la guerra mundial, después. Francia e Inglaterra tenían una superioridad militar por esas fechas, y no todos los oficiales alemanes seguían al Führer (como luego se vio, la guerra civil española no fue más que un preludeo o un banco de ensayo de la Segunda Guerra Mundial). Cuando

se firmó el pacto germano-soviético, en 1939, Alemania había ganado ya la carrera armamentista. El Ejército alemán, en gran parte nazificado y con espíritu revanchista, se halló frente a una opinión francesa pacifista, enemiga de la guerra en la izquierda y con una derecha que preconizaba el derrotismo más descarado. Curiosamente, en nuestros días ocurre algo semejante: por un lado, una Unión Soviética con una superioridad militar aplastante en relación con Europa Occidental, aunque no muestra el belicismo de la Alemania hitleriana.

Sorprende y resulta, cuanto menos, paradójica la actitud de Raymond Aron respecto a la guerra de España. Si por un lado adopta una postura crítica hacia la obra de Blum, aplaude en cambio el no intervencionismo del gobierno francés en el conflicto español. Presionado por los ingleses, que amenazan abandonar Francia en el supuesto de que Blum se lance a la aventura española, Aron opina que León Blum adoptó una posición que convenía a los intereses de Francia y que evitaba la división de la opinión gala, sumamente enfrentada por la política de no intervención.

Lo que en el caso español podía interpretarse como una injerencia, deja de serlo cuando a las relaciones con Alemania se refiere. Estima Aron que el gobierno francés pudo y debió ser más enérgico cuando las tropas hitlerianas ocuparon Renania, y que pudo y debió apoyar a los sectores del ejército alemán que no compartían la política imperialista del Führer. Esgrimir que el gobierno de Blum no podía aplicar una política exterior que enfrentaba a los

franceses es ignorar que muchas veces los Estados toman medidas impopulares. Resoluciones que van contra los intereses de cierto sector y cuyos resultados sólo se perciben con el paso del tiempo. Aron parece no tener en cuenta el consejo del cardenal de Retz cuando manifiesta que «la política es el arte de elegir entre grandes inconvenientes».

Francia, a nuestro entender, eligió mal por no intervenir cuando la ocupación de Renania; intuían entonces algunos jefes militares, y la historia lo ha confirmado después, que Hitler se hubiera retirado si hubiese encontrado el menor brote de resistencia. Eligió mal cuando dio marcha atrás en Múnich, y eligió mal cuando decidió abandonar a la República española. León Blum, tan admirable en otros aspectos de su actividad pública, lloró de pena por esa desasistencia, e hizo lo que pudo por ayudar a los socialistas, entonces en el poder, aunque poco era lo que podía hacer. Pero al fascismo no se le combate con llantos. El Frente Popular galo cedió en 1936 al chantaje de Inglaterra y de la derecha. ¿Se repetirá la historia —porque la Historia se repite a pesar de la frase acuñada— y el gobierno socialista de Mitterrand, que tantas esperanzas despertó entre nosotros, dejará en la estacada al gobierno socialista español? Queremos creer que no.

Tras la invasión de Francia por los ejércitos hitlerianos, Raymond Aron emprendió la ruta del éxodo, y como muchos de los franceses que no estaban dispuestos a soportar la ocupación de su país por los nazis buscó refugio en Londres. En la capital británica se unió al movimiento de resistencia iniciado por el ge-

neral De Gaulle, pero su relación con el general no era lo íntima que ha dicho más de un periódico madrileño. El trato con el hombre del 18 de junio fue esporádico y no siempre lo compenetrado, políticamente, que se ha dicho.

Dirigía Aron, en Inglaterra, *La France libre*, publicación de inspiración gaullista pero que escapaba, y a veces estaba frente, al pensamiento político del general. Aron sostuvo, en esa publicación, más de una postura que no era del agrado del general De Gaulle. Además de los temas de actualidad, en ella se trataba de rescatar los valores dispersos de la cultura gala, y se hacen grandes esfuerzos, por parte de Aron en particular, de comprensión por el fenómeno vichyista. Sostiene Aron que al viejo mariscal Petain no le cabía otra alternativa que la firma del armisticio con Alemania, y considera que, en un primer tiempo, el gobierno de Vichy hizo cuanto estaba en sus manos por limitar los daños de la ocupación germana. Análisis éste que no era del agrado del general, quien veía en los hombres de Vichy a traidores de la patria.

Durante su estancia en Londres Aron se entrevistó alguna que otra vez con el general, y de esas veladas nos brinda un perfil humano y político del que, con el correr de los tiempos, se convertirá en el símbolo de la Resistencia.

Amigo personal de André Malraux, de ahí en parte procede la adhesión de Aron a la figura del general De Gaulle. Al término de la guerra, el autor de *La Condición humana* ocupa la cartera de Información en el primer gabinete

de De Gaulle, e invita a colaborar en el mismo a Raymond Aron. Al concluir la primera aventura gubernamental gaulista, Aron inicia su carrera periodística en las páginas de *Combat*, junto a Sartre y Albert Camus. Aron se ha distanciado de la carga socializante de los años previos a la guerra, y en los análisis que publica regularmente en el periódico salido de la Resistencia se percibe ya la orientación que va tomando su pensamiento, cada vez más distanciado del comunismo o de la izquierda marxista.

No cree Aron que pueda llevarse a cabo el eslogan que reza en la cabecera de *Combat*: «De la Resistencia a la Revolución». Tiene conciencia, entre los primeros, de que la guerra ha cambiado la faz de Europa y que las antiguas potencias, Inglaterra, Francia o Alemania —esta última con mayor motivo puesto que ha sido derrotada— han dejado de ser las naciones rectoras del viejo continente. Yalta ha significado el reparto de Europa en beneficio de la Unión Soviética, y Stalin sovieterá los países ocupados por el Ejército Rojo. Las tomas de posición de Aron chocan con las posturas de Camus y de la pareja Sartre/Beauvoir.

Tres grandes obras de carácter filosófico escribió Aron en la década del 30. En ellas dejó plasmado lo esencial de su pensamiento, tal vez lo más original de su obra; en cualquier caso, el núcleo central de su pensamiento en torno al cual gira su producción intelectual ulterior. En *Introducción a la filosofía de la historia* se enfrenta con las corrientes historicistas, y en particular con la interpretación de la historia de los marxistas. No cree en el fin de la historia ni

que la evolución de las sociedades esté determinada.

Sin que abandone la especulación filosófica, Aron centra sus investigaciones, que publica en los primeros años de la postguerra, en temas políticos o sociológicos que son los que mejor cuadran a su genio. En 1955 da a luz *Opio de los intelectuales*, una reflexión audaz sobre la adhesión de los intelectuales a la causa comunista, o mejor dicho: la defensa que hacen de los regímenes totalitarios de izquierda en nombre de postulados demócratas o humanistas.

La crítica del marxismo imaginario que inicia con el *Opio* será más tarde desarrollada con textos como: *Ensayos sobre las libertades*, *De una santa familia a la otra* o *La lucha de clases*. Textos en los que Aron hace gala, con mesura, de un gran conocimiento del marxismo y de la realidad soviética, unido a un espíritu crítico y una sagaz observación de la vida política en el orden planetario. Aron es de los pocos intelectuales franceses que conoce varios idiomas y que, además, ha vivido años en Alemania y en Inglaterra. Está, por lo tanto, alerta a cuanto se publica de interés, tanto en el campo de la filosofía como del pensamiento político en el mundo anglosajón y germano. Está igualmente familiarizado con el pensamiento italiano, y ha tenido un trato profundo con las obras de Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga (a este último le trató íntimamente cuando el autor de *España* se hallaba exiliado en Francia e Inglaterra).

Estaba yo leyendo sus *Memorias* y redactando estas líneas cuando la prensa anunció la muerte de Raymond Aron en París. Falleció a con-

secuencia de un paro cardíaco cuando salía del Palacio de Justicia, a donde había acudido a prestar testimonio a favor del historiador Bertrand de Jouvenal, tachado de pro-nazi en una obra publicada por un autor israelí que trata del fascismo en la cultura y la política francesas en las décadas del veinte y treinta.

La muerte de Aron ha sido, como es habitual en estos casos allende los Pirineos, lamentada con amplio despliegue informativo en la prensa y los medios de comunicación. Escritores y periodistas de derecha y de izquierda se han deshecho en elogios sobre la obra y la vida del hoy llorado Raymond Aron. Y una vez más se ha rendido cálida despedida y sentido tributo —lo mismo ocurrió con la partida de Sartre— a la integridad moral de un hombre que, en gran medida, no alcanzó cotas de popularidad sino en los últimos tiempos. Sólo hace un par de años, con la publicación de un libro de entrevistas, *L'Espectateur engagé*, logró Aron romper el muro de la indiferencia que le manifestaba la gran mayoría. Después de este libro, en gran parte autobiográfico, dio a la imprenta sus *Memorias*, que ha logrado un inesperado éxito de librería. Éxito que se ha visto confirmado con creces tras la muerte de su autor.

Aron tiene la virtud, en esta enciclopedia del siglo XX que son sus *Memorias*, de plantear con audacia los grandes problemas de nuestro tiempo. Y lo hace con ese tono ausente de todo dramatismo que le caracteriza, pero con firmeza y claridad. Su discurso fluye como las aguas caudalosas de un gran río: lentas pero impertérritas. Procupación central de su actividad intelectual ha sido la defensa de la liber-

tad, noción ésta que suena un tanto trasnochada para muchos y que, sin embargo, se halla en el meollo de una posible convivencia en paz y democracia del mundo occidental. Aron ha rastreado nuestro pasado inmediato y nuestro presente, y ha tratado, por todos los medios, de urdir en instituciones e ideologías que pudieran afectar a las libertades sociales. De ahí su pasión por De Tocqueville, autor liberal decimonónico, prácticamente olvidado, y que él ha rescatado y glosado como nadie. De ahí, igualmente, su crítica a los sistemas totalitarios que persiguen y prometen el paraíso sobre la tierra, pero que empiezan negando el principio sin el cual la libertad de opinión, toda convivencia, es inviable.

Las *Memorias* de Aron son la culminación de una trayectoria política y humana. En ellas el autor de *Ensayo sobre las libertades* se despacha con sus adversarios ideológicos, pero lo hace sin acritud, con generosidad. Dice lo que opina, pero sin odio ni espíritu vindicativo. Por sus páginas desfilan y esbozan los perfiles humanos de Kissinger, Malraux, De Gaulle, Sartre, Beauvoir, Camus y tantos otros protagonistas de este agitado siglo veinte.

Late en esas páginas la pasión por la verdad, y si no compartimos las conclusiones a las que él llega no dejan, estas *Memorias* y su obra en general, de ser fuente de inagotables enseñanzas, tanto por la forma que tiene Aron de abordar los problemas como por el fondo. Acaso su pesimismo sea el responsable de que no haya logrado movilizar tras de sí una masa de lectores, y en él estriba el rechazo de una opinión que cifraba sus esperanzas en una revolu-

ción supuestamente socialista que iba a resolver todos los problemas del género humano. Pero, a la vista de los resultados obtenidos en la llamada sociedad de «socialismo real» y, ¿por qué no decirlo?, el fracaso de los regímenes comunistas, tanto en el aspecto económico como en el político y humano, en la opinión se ha registrado una vuelta a los valores clásicos del humanitarismo liberal. Y decimos liberal en el amplio sentido del término: no hay posibilidad de socialismo sin libertad, ni justicia social sin igualdad. Sacrificar el primero en nombre del segundo nos lleva al totalitarismo y, además, nos aleja de la igualdad.

## OPCION CERO

Fernando  
de Valenzuela

Edward P. Thompson.  
*Opción cero*.  
Ed. Crítica.  
Grupo editorial Grijalbo.  
Barcelona, 1983.

Editada en Inglaterra el pasado año, y publicada ahora en castellano por Grijalbo, *Opción cero* es una recopilación de artículos y conferencias del historiador y destacado impulsor del movimiento pacifista británico Edward Thompson. Se recogen aquí los trabajos posteriores a su conocido manifiesto *Protesta y sobrevive*<sup>1</sup> con el habitual estilo incisivo, sarcástico unas veces y reflexivo otras, que

hace de este autor uno de los blancos predilectos de los detractores del nuevo pacifismo europeo y de los partidarios de la «disuasión atómica» en general.

No está de más resaltar la importancia de la publicación en castellano de libros como éste. Las informaciones de segunda mano, cuando no las simples consignas, presentadas como artículo de fe, eran hasta hace poco el único alimento espiritual accesible para la mayoría del personal interesado en estos temas. El debate sobre la paz no puede ser una cuestión académica, pero sin una discusión fundada, con conocimiento de causa y variedad de aportaciones, sin ese ambiente de polémica viva que se percibe en las páginas de *Opción cero*, es imposible el desarrollo de un movimiento por la paz a la altura de las circunstancias.

### *Un peligro creciente*

«La opción cero por la que este libro aboga consiste en desnuclearizar Europa». Thompson no se anda por las ramas y sus propuestas son directas. Pero lo que en estos trabajos se plantea no es sólo el diseño de una opción determinada, sino también, al calor de ella, algunos de los temas centrales que afectan al movimiento de la paz en particular y, más en general, al conjunto de nuestra civilización.

La civilización en la que vivimos está en peligro: «un impulso acelerador ha colocado a las superpotencias en una ruta de colisión y la colisión ha de preverse dentro de las dos próximas décadas». Thompson subraya que el actual sistema de «equilibrio», basado en el terror que produce la capacidad de destrucción